

CÓMO TUS PECADOS AFECTAN A JESÚS HOY [55]

Meditación – 2025

Ya sabéis que San Ignacio tiene tres Meditaciones sobre los pecados: la de los tres pecados de los otros en las que pone el primer ejemplo, y luego no quiere que sólo meditemos sobre los pecados de los demás en esos ejemplos que pone él, sino que quiere que meditemos sobre **nuestros pecados**.

Por eso tiene mucha importancia esta Meditación, después de haber visto los pecados de los otros ver los pecados nuestros. Y es lo que voy a intentar hacer.

ACTOS PREPARATORIOS

Oración preparatoria:

[46] La oración preparatoria es pedir gracia a Dios nuestro Señor, para que todas mis intenciones, acciones y operaciones sean puramente ordenadas en servicio y alabanza de su divina majestad.

Es decir, que todo aquello que hacemos y sentimos esté ordenado a Dios, y no siempre es así. Por eso es muy importante caer en la cuenta. Aquellas primeras Meditaciones de la primera semana de San Ignacio son para purificar el corazón, para que se dé esta circunstancia: que todas mis acciones, intenciones y operaciones, todo se oriente a la alabanza de Dios.

En los Ejercicios procuramos también crecer en ese Primer Mandamiento: el amor a Dios con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente, con todo nuestro ser, y en consecuencia el amor al prójimo.

1º preámbulo:

[55] (...) 1º preámbulo. El primer preámbulo será la misma composición. (Cf [47])

[47] 1º preámbulo. El primer preámbulo es composición viendo el lugar. Aquí es de notar que en la contemplación o meditación visible, así como contemplar a Cristo nuestro Señor, el qual es visible, la composición será ver con la vista de la imaginación el lugar corpóreo donde se halla la cosa que quiero contemplar. Digo el lugar corpóreo, así como un templo o monte, donde se halla Jesu Christo o Nuestra Señora, según lo que quiero contemplar. En la invisible, como es aquí de los pecados, la composición será ver con la vista imaginativa y considerar mi ánima ser encarcelada en este cuerpo corruptible y todo el compósito¹ en este valle, como desterrado entre brutos animales; digo todo el compósito de ánima y cuerpo.

¹ compuesto.

2º preámbulo: Petición:

[55] 2º *preámbulo*. El segundo es demandar lo que quiero; será aquí pedir crecido y intenso dolor y lágrimas de mis pecados.

PUNTOS

[56] 1º *punto*. El primer punto es el proceso de los pecados; es a saber, traer a la memoria todos los pecados de la vida, mirando de año en año o de tiempo en tiempo; para lo cual aprovechan tres cosas: la primera, mirar el lugar y la casa adonde he habitado; la segunda, la conversación que he tenido con otros; la tercera, el oficio en que he vivido.

[57] 2º *punto*. El segundo: ponderar los pecados mirando la fealdad y la malicia que cada pecado mortal cometido tiene en sí, dado que no fuese vedado.

[58] 3º *punto*. El tercero: mirar quién soy yo disminuyéndome por ejemplos: primero, cuánto soy yo en comparación de todos los hombres; 2º, qué cosa son los hombres en comparación de todos los ángeles y santos del paraíso; 3º, mirar qué cosa es todo lo criado en comparación de Dios: pues yo solo ¿qué puedo hacer?; 4º, mirar toda mi corrupción y fealdad corpórea; 5º, mirarme como una llaga y postema² de donde han salido tantos pecados y tantas maldades y ponzoña tan turpísima³.

Se dan dos aspectos. Ezequiel lo dice en la Sagrada Escritura (**Ez 36,25-26**). Un aspecto negativo y un aspecto positivo.

El aspecto negativo: «*Os rociaré con un agua pura y os purificaré todas vuestras impurezas*» hay que purificarse. Y sigue diciendo después: «*Os daré un corazón nuevo*»: el aspecto positivo. Por eso es necesario caer en la cuenta de los pecados propios para poder purificar el corazón.

Esto lo concluye luego ya el Evangelio cuando dice: «*Nadie pone vino nuevo en odres viejos*». San Agustín lo dice de una manera bonita también: “Si Dios quiere darte miel y estás lleno de vinagre, pues no será lo ideal; habrá que limpiar esos odres”. Y San Ignacio, en el principio del Libro de los Ejercicios dice que **los ejercicios sirven para quitar de sí todas las afecciones desordenadas, y después de quitarlas buscar y hallar la Voluntad de Dios.**

Por eso es tan importante purificar el corazón de los pecados nuestros, de aquellos que yo reconozco que hay en mí, el sentido del pecado en mi vida, qué consecuencias me trae, para qué sirve en mi vida hablar y pensar sobre el pecado. Y si meditamos sobre el pecado, lo primero es para evitarlo, no para obsesionarnos con él. Podemos concluir que el pecado tiene arreglo, que es una situación de la que se puede salir o mejorar.

Si hemos roto la relación con Dios, volvamos a poner de nuevo esa presencia Suya en nuestras almas. Si nuestra vida es tibia, mejorarla. Incluso en las imperfecciones, tender cada vez a mejor. Por eso, si meditamos sobre él, es porque tiene arreglo; si nó buena gana

² absceso supurado.

³ feísima.

de meditarlo. Y se nos ofrece desde ese punto de vista, desde la posibilidad del perdón que Dios nos da. Dios está dispuesto a perdonarnos.

Ya lo vemos con las personas. Cuando hemos ofendido a una persona que queremos, nos duele bastante. Por eso procuramos evitarlo. Tenemos que caer en la cuenta también de esa presencia de Dios en mi vida, de lo grande y lo importante que es, para no ofenderlo. Por eso el pecado tiene arreglo.

No sabemos bien lo que es el pecado. Sabemos bien lo que es pecar, que es decirle a Dios que “no”; pero no sabemos bien lo que es el pecado. Lo tiene que explicar Dios, porque nosotros los hombres, por mucho que queramos explicarlo, estamos en pecado.

Y entonces se da aquella circunstancia del **Salmo 35,2-3**: *«El malvado escucha la voz del pecado en el fondo de su corazón, piensa demasiado bien en sí mismo para apreciar su culpa y detestarla»*. Tiene que ser Dios, porque nosotros, al tener pecado, no somos capaces de explicar bien el pecado.

Nuestros pecados son un maltrato a Dios.

Pecados mortales

Como digo, no sabemos bien lo que es el pecado, pero sí que sabemos bien lo que es pecar: decirle a Dios que no. No cumplir los Mandamientos, oponernos de alguna manera a lo que Dios quiere y espera de nosotros. Por eso me voy a referir en esta charla de los Pecados Propios a un aspecto que nos tiene que ayudar -me parece a mí-, a caer en la cuenta para evitar los pecados propios de cada uno.

El pecado en Su tiempo era tratar mal a Jesús, tratar mal al Señor.

Los pecados son la causa del sufrimiento de Cristo. Lo vemos allá en Belén, donde nació Jesús lo rechazaron, no había sitio para Él en la posada: *«y vino a los suyos y los suyos no lo recibieron»*; mentes obcecadas por el pecado.

Allá en Belén mismo, tuvo que huir a Egipto inmediatamente, porque esa envidia de Herodes lo quería matar; una mente obcecada por el pecado.

En Nazaret, después, a la vuelta ya de Egipto, allá en Su pueblo, lo querían despeñar también. El pecado obcecaba a aquellas gentes del mismo lugar donde vivía Él, y en Cafarnaúm igual: después de predicar el discurso del Pan de Vida, lo dejaron solo, se marcharon. Y qué decir en Jerusalén, donde lo condenan injustamente, donde le pegan, donde lo maltratan, donde lo clavan en una cruz; mentes obcecadas por el pecado. Los pecados de aquellos hombres de Su tiempo y de nosotros, son la causa de los sufrimientos de Cristo. *«Cristo murió por nuestros pecados»*, dice San Pablo.

Por eso, no serían completas las Meditaciones de Ejercicios si habláramos de otros temas y no de éste, el tema del pecado. Y nó para reprochar a aquellos contemporáneos suyos que le trataron mal, sino para caer en la cuenta (nosotros), que hoy siguen siendo “tratar mal al Señor” nuestros pecados. Lo dice San Ignacio en el número [59]: Considera quién es Dios y contra quién has pecado, porque no es un “igual” a nosotros, sino que es Dios.

[59] 4º *puncto*. El cuarto: considerar quién es Dios, contra quién he pecado, según sus atributos, comparándolos a sus contrarios en mí: su sapiencia a mi inorancia, su omnipotencia a mi flaqueza, su justicia a mi iniquidad, su bondad a mi malicia.

En Su tiempo, fue “tratarle mal” todo aquello que le sucedió; y ahora sigue siendo “tratarle mal” al Señor. Por eso lo tenemos que actualizar continuamente en nosotros. El pecado no es una cosa más, sino que es muy grave y muy importante.

Santa Teresa decía:

«¡Oh! Padre Eterno, mirad que no son de olvidar tantos azotes e injurias y tan graves tormentos. Siempre que tornamos a pecar, lo ha de pagar este amantísimo Cordero. No lo permitas, Señor».

Cuenta ella misma, estando en el Convento de Malagón, se quedó mirando un Cristo con corona de espinas, muy llagado, y entonces, sintiendo ella lo que había sufrido, dice:

«Me dijo que le dolían más las llagas que ahora le hacen los hombres con sus pecados más que lo que le hicieron aquellas espinas».

Esto confirma lo que estoy diciendo, que ahora sigue siendo “tratarle mal al Señor”. Decir que Jesús murió por nuestros pecados es lo mismo que decir que nosotros matamos a Jesús. Así lo dice la Carta a los Hebreos: «*Vuelven a crucificar al Hijo de Dios y lo exponen al escarnio*» (Hb 6,6), los que siguen en sus pecados.

Por eso es tan importante caer en la cuenta: En Su tiempo, era tratarle mal al Señor. Hoy sigue siendo tratarle mal al Señor.

Y encima exageradamente, porque el mundo ha **perdido el sentido del pecado**. Hoy, con el pecado, se alinean hasta los anuncios de la televisión, la propaganda y todo. Todo es mundano, pecaminoso; y es gracioso, simpático. Se hace así con el fin de agrandar y contentar a la gente. Luego, **se ha perdido el sentido de lo que es tratar mal al Señor**.

Fijaros el mundo y nosotros. Tenemos miedo a todo, menos al pecado. Cuando surgió la pandemia, todos estaban asustados, llenos de miedo. Se tiene miedo a todo, menos a seguir tratando mal al Señor. Un poco se busca quizás, el empeño en evitar el remordimiento: “Voy a evitar esto porque luego me hace sentirme mal”, pero no con el fin de que voy a evitar esto por no maltratar al Señor. Por eso es importante caer en la cuenta. Y Dios dice lo contrario: nosotros tenemos miedo a todo menos al pecado. Y en la Escritura lo que aparece es que a lo único que hay que tener miedo es a lo que mata el alma; no a lo que mata el cuerpo. Y lo dice Dios (Mt 10, 28). Es Palabra de Dios. Algo más nuevo todavía, el Catecismo de la Iglesia Católica:

«Debemos considerar como culpables de esta horrible falta a los que continúan recayendo en sus pecados. Ya que son nuestras malas acciones las que han hecho sufrir a Nuestro Señor Jesucristo en el suplicio de la cruz, sin ninguna duda los que se sumergen en los desórdenes y en el mal “crucifican por su parte de nuevo al Hijo de Dios y le exponen a pública infamia”. (Hb 6,6)». (CIC No. 598)

Ponen de algún modo sobre Él sus manos criminales. Es tremendo esto. Es durísimo pensar que en su tiempo le crucificaron los pecados de los hombres.

Y hoy, aquello que le dijo a Santa Teresa, aquello que nos recuerda el Catecismo de la Iglesia Católica y el sentido común: Si Dios dice que lo que hay que evitar es aquello que mata el alma, pues **eso es el pecado**. Quiere decir que es lo suficientemente grave.

Por eso tenemos que actualizar, como digo, tenemos que ser muy conscientes de que hoy sigue siendo “tratar mal al Señor”.

Hemos pecado de toda clase de pecados: de pensamiento, palabra, obra y omisión. Y a pesar de los medios que tenemos -porque hemos recibido una educación, la gran mayoría en la familia cristiana; hemos tenido catequistas; hemos tenido sacerdotes; la escuela; los ejemplos de otras personas; libros; homilías; charlas; de todo; y hoy mismo, con los medios tan avanzados en la técnica se puede estar formando en el mejor sentido para evitar el pecado-, pero aun así no nos cabe ninguna duda de que la mayoría de las veces seguimos tratando mal al Señor.

Fijaros, podemos pensar en un personaje anónimo que andaba por allá en la Pasión de Cristo, el que hizo a Jesús la corona de espinas; está en la Escritura que así fue: «*Lo vistieron de púrpura y, trenzando una corona de espinas, se la ciñeron*» (Mc 15,17). Una corona de espinas no es algo que está hecho, sino es algo que hay que hacerlo. Y, además, quien lo hace se pincha, lo pasa mal. Pero, aun así lo sigue haciendo; y aquél sería un romano posiblemente, un hombre amargado, ¿por qué? porque quien se sonreía de estar haciendo eso, y se burlaban de Él -dice el Evangelio- es alguien habitado por el demonio sin duda. Y no nos gustaría identificarnos con él; un hombre incluso que habría estado pegando a Jesús y estaría maloliente, sería un amargado. No nos gustaría identificarnos con él.

Pero, fijaros, tenemos que pensarlo. ¿Qué podemos aprender de este personaje? Pues, que nosotros cada vez que volvemos a pecar reiteradamente, volvemos a hacer esa corona de espinas para Jesús. Pensemos bien. Cuando pecamos, cuando ofendemos a Dios, cogemos esos espinos, los trenzamos, hacemos la corona y se la ponemos en la Cabeza. Esto es tremendo, pero así es. Si somos capaces de tener presente esta escena de aquel romano amargado, haciendo la corona de espinas, diciendo barbaridades -porque se pincharía los dedos con cada una de las espinas según lo iba tejiendo-, si somos capaces de pensar en eso, habremos aprendido mucho; habremos aprendido que somos capaces de tratar mal al Señor.

Por eso esta escena nos tiene que recordar antes de caer en una tentación y volver a ofender al Señor, en vez de seguir tejiendo esa corona para ponérsela sobre la Cabeza, pensemos en la Virgen para que nos ayude a superar esa tentación, para no coronar de espinas a su Hijo.

Esto es así de tremendo, de duro. Y es algo que deberíamos meditar. Ahora, hacer en Cuaresma estos Ejercicios nos tienen que servir para eso, para acompañar al Señor al Calvario pero de otra manera: Como María, como el Apóstol Juan, y como aquellas piadosas mujeres que no le causaron ningún malestar ni sufrimiento.

No se trata sólo de pecados mortales. Es verdad que son los pecados más graves, pero se trata también de **delicadezas**, de ser delicados con el Señor o de no serlo.

Y fijaros que a veces sucede esto, podría decir alguien: “Con esta persona yo estoy contento, yo creo que da gusto con él, es una persona que agrada bastante”. Tenemos que preguntarle al Señor si estará contento con cada uno de nosotros, porque como digo, es cuestión de delicadeza; no sólo de pecados graves, mortales, tremendos, sino de delicadeza, de ser delicados con Él o groseros, o ser capaces -como he dicho- incluso de tejer, de trenzar de nuevo esos espinos para hacerle una corona y ponérsela en la Cabeza.

Por eso tenemos que preguntarle a Él. Y no cabe duda que tendríamos que decir muchas veces las palabras del «*Miserere*» (**Salmo 50,6**): «*contra ti, contra ti solo peque*».

¡Qué paciencia tan grande que tiene el Señor con nosotros! Nos hace pensar que somos la perla preciosa, que Él sigue pendiente de nosotros, deja Su Vida por comprar la nuestra. Esa oveja perdida que, dejando a las otras, va a buscarla. Ese tesoro de Dios somos cada uno de nosotros. ¡Qué bien que se ha portado Jesucristo conmigo, que me amó y se entregó por mí! ¡Y qué pocas veces quizás yo le demuestro eso!

Quien le trate mejor contento debe sentirse, y quien nó debe ayudarle estas reflexiones, de ver cómo el pecado es tratar mal al Señor, para evitarlo. El pecado mortal es un terremoto tremendo; el pecado mortal es algo que rompe la relación con Dios. Es algo lo suficientemente tremendo.

Es algo que puede suceder, y que de hecho sucede. Uno no debe asustarse de que pueda suceder, porque Pedro estaba ya en aquellos elegidos por Jesús y fue capaz de negarle; y Judas de venderle. Entonces no es raro que, entre los que de verdad a veces nos consideramos también amigos del Señor, podamos negarle, venderle, traicionarle, tratarle mal.

Pecados Veniales.

Pero hay un pecado que es **muy peligroso** que es el **pecado venial**. No es tan grande, no rompe la relación con Dios, no todos los “noes” a Dios son iguales. No es lo mismo lógicamente un asesinato que una mentira. Pero esos “noes” más pequeños **debilitan** esa relación, esa amistad con el Señor. Se ve que a través de esos pecados veniales se puede acabar ofendiéndole al Señor, tratándole mal.

Lo vemos en el rey David. Empezó con aquel tonto con aquella mujer de Urías, acabó siendo adúltero y asesino. Lo vemos en Judas, quizás empezó a coger unas pocas monedas y acabó vendiendo al Señor. La causa inmediata era la Voluntad de Dios lógicamente, pero acabó siendo que Judas llevó allí a aquellos romanos que le habían pagado para encontrar al Señor en el Huerto. Y Pedro empezó a presumir de él -poca cosa y no es tan importante- y acabó, lógicamente diciendo que no le conocía de nada.

No sería buen lenguaje del amor decirle que no a Dios en algunas cosas. En unas más grandes no le digo que no; pero en otras más pequeñas, sí. Pues no sería un buen lenguaje del amor. No se demuestra el amor a una persona (si se le quiere mucho) no sólo cuando no se le maltrata -lógicamente- sino también cuando en pequeños detalles se le va procurando sufrimiento. Por eso en la cuestión del amor todo tiene importancia, las cosas grandes y las cosas más pequeñas.

San Pedro de Alcántara decía:

«Y así como hay cosas que ayudan a la devoción, así también hay cosas que la impiden, entre las cuales *la primera es los pecados*, no sólo los mortales, sino también los veniales, porque éstos, aunque no quitan la caridad, quitan el fervor de la caridad, que es casi lo mismo que devoción, por donde es razón evitarlos con todo cuidado, ya que no fuese por el mal que nos hacen, a lo menos por el grande bien que nos impiden».

Pecados veniales deliberados.

Hay faltas veniales, por sorpresa; pero hay otras **que son deliberadas**, de las cuales yo pienso y soy consciente; incluso llevo a cabo ese pecado aceptado por mí. Que es verdad que no es lo mismo un “no” grande a Dios con un pecado mortal, que con un pecado venial; pero como he hablado de que se trata de tener delicadeza con el Señor, y en las cosas del amor todo es importante, pues en ese amor a Dios -el que intentamos perfeccionar y mejorar con los Ejercicios Espirituales- es muy importante caer en la cuenta de estos pecados veniales que acaban siendo, según San Pedro de Alcántara, también la causa de los pecados grandes.

Pecados de omisión.

Hay otro pecado al que se le da poca importancia. Son los **pecados de omisión**. No es pecado no hacer algo que no está mandado, no es pecado de comisión⁴, diríamos; pero omito el bien que puedo hacer.

Jesús pasó haciendo el bien. Si Jesús pasó haciendo el bien, los cristianos tenemos que pasar haciendo el bien. Y esto es verdad. Si no hubiera tantos pecados de omisión, no habría tantos pecados de comisión. Estos son los pecados de aquellos que no hicieron ningún mal, más que el mal de no hacer el bien que estaba a su alcance. Entonces, «*Os aseguro que cuanto dejasteis de hacer con uno de estos más pequeños, también conmigo dejasteis de hacerlo*»; y acaba llegando a ser, también, otra de las causas que le hace sufrir al Señor.

El Cardenal Merry del Val, que está en proceso de beatificación, era el secretario de Estado del Papa San Pío X, decía cuando se levantaba por la mañana:

«Todo el bien que hay que hacer hoy en el mundo, yo no lo puedo hacer; pero lo que está a mi alcance hoy, sí que puedo, y Dios lo quiere».

Si no lo hago se queda sin hacer, y habré contribuido un poquito más al mal del mundo. Esos son los pecados de omisión: contribuir un poquito más, por no hacer el bien, a que prolifere el mal.

En el Evangelio vemos cómo Dios castiga estos pecados de omisión: aquéllos que fueron invitados a la boda, por no llevar un vestido de boda -no nos parece que fuera una cosa tan importante- son castigados por Dios. Y aquél de los talentos: le devolvió un talento también, pero no hizo nada para mejorarlo. Y el rico Epulón, no tenía obligación de dar de

⁴ transgresión voluntaria de preceptos religiosos. (RAE)

comer a aquel pobre; pero lo ignoró, no le ayudó. Son –diríamos- pecados que aparecen con mucha claridad en la Sagrada Escritura.

En eso tenemos que tener también delicadeza y cuidado. No sólo de no hacer el mal por supuesto, -que es con mucha claridad y mucha seguridad tratarle mal al Señor-, sino también en evitar el no hacer el bien, porque le entristecemos, y en definitiva Jesús pasó haciendo el bien.

Hagamos propósito de no cometer pecado. Santa Teresa dice: «Pecado por chico que sea, Dios me libre», y es verdad.

Si el Señor nos concede el hacer los Ejercicios Espirituales, de poder tener un encuentro con Él, de encontrar la gracia que se nos tiene reservada, y si sólo «*los limpios de corazón verán a Dios*», pues hay que evitar los pecados para ser limpios de corazón, para ver a Dios, para encontrar la gracia, para encontrarnos con Él. Y no nos extrañe que a veces no lo veamos con claridad, como lo podían ver la Virgen y San José -esas almas, esos corazones limpios-. A veces, son los pecados los que oscurecen y enturbian nuestra relación, nuestra vida de luz, para podernos encontrar con Él.

Cómo evitar los pecados propios.

¿Qué debemos hacer para evitar los pecados propios? pues **quitar los impedimentos**. El pecado es lo que detiene, nos impide llegarnos a juntar con Dios completamente. Esa debería ser nuestra tristeza. Nuestra tristeza no son las cosas exteriores, ni los acontecimientos, ni los malos recuerdos, ni las enfermedades, ni situaciones a veces problemáticas, familiares o laborales; sino nuestras tristezas han de ser estas: **que hay obstáculo entre Dios y nosotros**, y lo único que de verdad no hace felices a las personas. Cuando queremos estar con alguien y no podemos, no nos hace felices. Con Dios pasa igual, hay un obstáculo; y hay que empeñarse en salir de esa situación de pecado. Lo decimos en el Acto de Contrición:

«Ayudado de vuestra divina gracia, propongo firmemente nunca más pecar, confesarme y cumplir la penitencia que me fuera impuesta».

Esto es muy importante, «**propongo firmemente**» quitar el impedimento. Porque si queremos ganarnos la amistad de alguien hay que quitar el impedimento si lo hay. Si le hemos quitado algo hay que devolvérselo. Si hemos hablado mal de él, pues hay que hablar bien. Cualquier aspecto con relación a las personas ha de ser de esta manera. Esto nos tiene que ayudar: No querer cometer pecado ni grande ni chico.

Todos somos pecadores, y mentiríamos si dijéramos que no, lo dice San Juan (**I Jn 1,8-10**). Pero nos dice el Profeta que son «*nuestras culpas*» (**Is 53,5**) las que crean separación entre Dios y nosotros. No queramos por nada del mundo esta separación. Imaginaros, las ofensas hechas a nuestros padres, por pequeñas que sean, nos siguen remordiando. Y eso es bueno. Pero a este otro Padre tenemos que tratar igual o mejor, que es a Quien le debemos a nuestros padres. Tratarle bien, con delicadeza. No maltratarle. Tener con Él la mayor finura para que nuestra vida le sea muy agradable y no le haga sufrir. Lo tenemos que intentar. Es algo que sí que está a nuestro alcance: Intentarlo.

Confesión.

El padre Tadeusz, en las “*Meditaciones Sobre la Fe*”, decía que acudir al confesionario es llegar allí a arreglar aquello que antes hemos estropeado. Habíamos herido a Cristo, entonces lo habíamos, de alguna manera, crucificado. Dijo el Santo Cura de Ars que cuando vamos a confesarnos, vamos a liberarle de la Cruz. Fijaros ¡qué bonito! Si heriste a Cristo ir a confesarte es darle alegrías.

Así tenemos que entender la **Confesión** para hacerla con mucha frecuencia. Ya lo hemos visto en esos otros ejemplos anteriores que he puesto: cooperamos a esa Crucifixión del Señor al tratarle mal, al coronarle de espinas. Ir a confesarme es deshacer aquello y darle alegrías. Eso es muy importante en la vida del cristiano, ya que somos tan obcecados a veces en hacerle sufrir al Señor, que el motivo más importante sea confesarnos con mucha frecuencia para darle alegrías.

Muchas almas piadosas están en infidelidades casi continuas por eso, por no pensar que se puede vivir un poco más delicadamente con el Señor. Los sacerdotes, los consagrados, los seglares, todos de alguna manera. Es muy hermoso el texto de Santa Teresa, en el «*Camino de Perfección*»:

«Mas pecado muy de advertencia, por muy chico que sea, Dios nos libre dél, que yo no sé cómo tenemos tanto atrevimiento, como es ir contra un gran Señor, aunque sea en muy poca cosa: cuanto más que no hay poco, siendo contra una tan gran Majestad, y viendo que nos está mirando, que esto me parece a mí es pecado sobre pensado, y como quien dice: “Señor, aunque os pese haré esto, ya veo que lo veis, y sé que no lo queréis, y entiendo: mas quiero más seguir mi antojo, y apetito, que no vuestra voluntad”. ¿Y qué en cosa desta suerte hay poco? A mí no me parece leve la culpa, sino mucha, y muy mucha».

Y es verdad. Con relación a Dios, lo hemos leído en San Ignacio, pensar quién ofende, pobres de nosotros, y a Quién ofende. Pues no lo perdamos de vista. Estos pecados propios tienen que desaparecer, porque son muy importantes en la vida espiritual, y en la vida del Señor.

Al Señor le trataron mal en Su tiempo, y ahora lo seguimos tratando mal.

Con esa expectativa que el pecado tiene arreglo, que si esta Meditación u otras a lo largo de los Ejercicios en esta Cuaresma me hace caer en la cuenta de que tengo pecados propios muy queridos y muy consentidos, pues tengo que quitar ese obstáculo. Ese obstáculo que hay entre Dios y yo personalmente. Por eso, si en tiempos de Jesús era tratarle mal, darle alegría será dejar de tratarle mal. Pues hoy sigue siendo “tratarle mal”; luego, darle alegrías es, sin duda, confesarse de aquellos pecados en los que, indudablemente, le hacemos a Dios un bien grande; pero grande le recibimos nosotros, porque Él es Dios, y nosotros seguimos con el problema y la dificultad de tener separación entre Dios y nosotros.

ACTOS CONCLUSIVOS

Coloquio.

[61] *Coloquio.* Acabar con un coloquio de misericordia, razonando y dando gracias a Dios nuestro Señor, porque me ha dado vida hasta ahora, proponiendo enmienda con su gracia para adelante. Pater noster.

Termino con el número que dice San Ignacio en ese tercer coloquio: Pedir al Padre para que el mismo Señor Eterno me conceda aquello que le estoy pidiendo: que se rompa esta separación entre Dios y nosotros. Después decir el Padre nuestro.